

◆ *México, un paso difícil a la modernidad*, de Carlos Salinas ◆ *París*, de Marcos Giralt Torrente ◆ *El desterrado*, de Leonardo Valencia ◆ *Cinco miradas británicas a la historia de México*, de Brading, Elliot, Hamnett, Thomas y Knight

LIBROS

JUAN VILLORO

“Singuin in da pinche rein”

Luis Humberto Crosthwaite, *Estrella de la calle Sexta*, Tusquets, México, 2000.

En su novela *Al sur de la frontera, al oeste del sol* Haruki Murakami narra la historia de una pareja destinada a recordar su imposible amor de infancia cada vez que escuchen “South of the Border”, de Nat King Cole. Cuando el protagonista sale de la adolescencia, descubre que el reino prometido por la melodía “sólo era México”. El título no aludía a una región de hechizo, el refugio que la imaginación concede a los amores condenados, sino a una realidad de peligro y arrabales al sur de la frontera norteamericana. Para recuperar el sentido del misterio y el hondo romanticismo que intuyeron en la voz de Nat King Cole, los personajes de Murakami deberían leer *Estrella de la calle Sexta* del gran mitógrafo de Tijuana, Luis Humberto Crosthwaite.

En tres relatos que dependen más de las atmósferas que de las tramas, Crosthwaite recupera el mayor laboratorio social de la posmodernidad; como un Ovidio *hip-hop*, reparte remedios de amor y frases sincopadas. Su imaginación rehúye el folclorismo y el drama obvio de su entorno. La Tijuana de sus páginas no es un parque temático para yanquis en celo, el escenario del magnicidio en Lomas Taurinas o el bastión de los medicamentos que se venden sin receta. Aunque el enclave fronterizo se convierte en prota-

gonista absoluto de sus relatos, el narrador resiste el asedio de los temas “noticiosos” con nervios de piloto de Fórmula 1. La frontera más cruzada del mundo, principal vivero de la cultura híbrida en Mexamérica, ofrece suficientes pintoresquismos para colmar los archivos de la antropología pop. De los Bart Simpson de yeso que se venden en las garitas a las complejas formas que la seducción adopta en la calle Coahuila, Tijuana es la Janis Joplin de las ciudades, siempre entre la pasión y el accidente. Sin embargo, a Crosthwaite no le interesan los calvarios fáciles ni las superproducciones efectistas; no describe una Disneylandia XXX ni repite las denuncias del periodismo a propósito de la narcocultura o los abusos de la *migra*. Con detalles minuciosamente reales, construye un símbolo, una Tijuana de la mente, universal y duradera.

Leer a Crosthwaite es un acto migratorio, un traslado sin visa ni pasaporte entre el fuego cruzado de sus idiomas. Miembro de la Real Academia del Spanglish, recrea el edén donde el país comienza y los hombres inventan la lengua con fervor adánico. En ese territorio, los coches se vuelven “ranflas” y la policía es “la placa”, el espíritu habla por la raza en frecuencias moduladas, los puntos y las comas se convierten en instrumentos de percusión, las canciones adquieren valor evangélico y los mensajes foráneos son bienvenidos, con tal de que no traigan on-

das extraterrestres: “que no me lance rollos alienígenas porque no sé cómo voy a responder”, dice su personaje más confesional.

Crosthwaite sabe que la experiencia fronteriza es portátil. En su mapa de las identidades cruzadas, se ocupa por igual de un gringo en busca de una perdición de fin de semana que del más recalitrante de los cholos. *Estrella de la calle Sexta* hace de las mezclas ilícitas un recurso de estilo. En sus páginas, el lenguaje siempre trae contrabando en la cajuela.

El sociólogo deseoso de encontrar “informantes” puede ponerse los audífonos para distinguir un nuevo esperanto en la rica oralidad de Crosthwaite. Sin embargo, los logros lingüísticos de *Estrella de la calle Sexta* rebasan con mucho la tarea documental. Los *batos* de Crosthwaite descienden de los campesinos de Rulfo y comparten su áspera elocuencia. No estamos ante un espejo indiferente del habla, sino ante un consumado artificio; el autor equaliza el lenguaje coloquial en su consola y lo transforma en una rigurosa forma del estruendo.

Según advierte Néstor García Canclini en *La globalización imaginada*, la Aldea Global no se articula a través de la comunicación sino de los malentendidos. En las fronteras, los choques culturales rebasan con creces a los intercambios. Tijuana no se ha salvado de estos desencuentros: “En vista de la cantidad de películas, relatos

periodísticos y la posible filmación de una telenovela basada en los aspectos escandalosos de Tijuana —escribe García Canclini—, el Ayuntamiento conservador de esta ciudad consiguió en agosto de 1997 del Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial el registro del ‘buen nombre de la ciudad’ para protegerlo de quienes deseen usarlo en ‘publicidad y negocios, difusión de material publicitario, folletos, prospectos impresos, muestras, películas, novelas, videograbaciones y documentales’. No es difícil imaginar los trastornos que hubieran sufrido con políticas semejantes escritores como Shakespeare por situar sus crímenes en Dinamarca”. A diferencia de los políticos que buscan convertir a la ciudad en una reserva protegida o un producto con denominación de origen, Crosthwaite sabe que el prestigio tijuaneño es indestructible. No se solaza en el tremendismo de suponer que ahí las ametralladoras AK-47 pertenecen a la utilería doméstica ni se consuela con la discreta recompensa de recordar que en ese imperio se inventó la ensalada César. Su mirada evita los extremos del investigador paranoico que cree descubrir una fosa común en cada breñal y del patriotero que elogia la mejor comida china fuera de la ruta de Marco Polo. Lejos de las complacencias fáciles, escoge los claros oscuros, recorre las noches largas en que los cholos queman llantas, levanta inventario de las muchas variantes que asume la violencia, del abuso policiaco a los pandilleros que anhelan la barba partida de Kirk Douglas, el cadenero que en el cine fue Espartaco. La belleza es para Crosthwaite un afilado efecto de contraste. En una saga del polvo y la basura encuentra la motivación de su poesía. Atento a las imágenes cargadas de melancolía, colecciona crepúsculos en sus lentes oscuros. Uno de sus personajes se planta en una esquina sin gloria. Es sábado y él se entretiene “mirando pasar las beibis”. Ante la mirada ávida del testigo, el paraje se convierte en un sitio donde ocurren odiseas de distintos formatos. Crosthwaite parte de lo mínimo —por ejemplo, la etiqueta de la cerveza Tecate, donde se recorta el cerro Cuchumá— y lo

transforma en un emblema heráldico, un campo historiado por la leyenda. Esta búsqueda de lo inmenso en lo nimio lo lleva a una curiosa astronomía: persigue soles en antros donde se sirve alcohol adulterado y pregunta en estado de *big-bang* emocional: “¿Dónde está Laurita, por cuál vía láctea, por cuál callejón? ¿A poco supernova y foréver adiós? Pinchestúpido Copérnico, ¿por qué no me dijiste?”

El ojo del narrador, para detectar ángeles y cuchilleros, se concentra en un personaje impar, el Saico, criminal a punto de redimirse o reincidir, artista de la madriza, sentimental incurable que oye a los Platters y guarda bajo su cama una caja con tres burdos recuerdos. Criaturas fronterizas, los habitantes de *La calle Sexta* son contradictorios, caprichosos, memorables. En sus escenarios, la caída y la recompensa cambian de signo: un infierno con vista al mar, una arcadía que se inunda.

Estrella de la calle Sexta es el primer libro que Crosthwaite publica fuera del circuito marginal. En 1988 debutó con un clásico del cuento en spanglish, *Marcela y el rey al fin juntos* (Boldó i Climent), en 1993 presentó su asamblea de microtextos *No quiero escribir no quiero* (Ediciones del H. Ayuntamiento de Toluca), donde se ocupó con humor vindicativo del drama de escribir desde la periferia, y en 1994 celebró el Tratado de Libre Comercio con

la novela *La luna siempre será un amor difícil* (Editorial Corunda), que narra el viaje de un soldado de fortuna español a los parajes de la nueva conquista: las maquiladoras. Estos libros admirables circularon como si el propio autor los llevara por la república en una *pick-up*. Convencido de que la cultura es, si no un martirologio, al menos un acto de resistencia, Crosthwaite fundó su propia editorial, Yoremito, para apoyar a los rapsodas fronterizos, y se interesó en discursos heterodoxos (adaptó *El complot mongol* en cómic y abrió una garita en Internet con “Instrucciones para cruzar la frontera”). *Estrella de la calle Sexta* es el logro indiscutible de un bateador cuyo porcentaje no baja de .300, pero también y sobre todo, el anuncio de lo que puede hacer en las grandes ligas. El libro sirve de “cháiser” iniciático, el venturoso anticipo de una biblioteca que está por escribirse.

Los amantes de Murakami se decepcionaron al averiguar que el mítico sur de la frontera era un país real. No sabían que al cruzar la línea, comenzaba el territorio de Luis Humberto Crosthwaite, donde los románticos lanzan su última baraja, los místicos se saben protegidos por un hojalatero en el cielo, las *beibis* simplemente son las *beibis*, los solitarios caminan entre los charcos dejados por la lluvia y el aceite de alto octanaje y una voz cruza la noche, “singuin in da pinche rein”. —

OTROS LIBROS DEL MES

- AGUSTÍ BARTRA, *Adán negro. Poetas negros de lengua francesa*, Ediciones Sin Nombre, México, 2000. Rescate de un libro que prologó, seleccionó y tradujo el poeta catalán Agustí Bartra en 1964 y donde podemos leer a los célebres Aimé Césaire, Léopold Sédar Senghor y Édouard Glissant, o a autores olvidados como Lionel Attuly, Birago Diop, Jacques Romain o Lucie Thésée.
- *Cancionero de Upsala*, El Colegio de México, México, 2000. Reeditando, con un prólogo de Antonio Alatorre, esta obra aparecida por primera vez bajo el mismo sello en 1944, el Colmex restituye a los lectores una de las más legendarias colecciones de villancicos —data de 1556—, que complacerán lo mismo al músico que al melómano y al amante de la lírica española. La reedición, también, homenajea a Jesús Bal y Gay, el musicólogo y crítico español que hiciera posible, en México, la publicación de esta obra, así llamada porque el único original que se conserva está en la Universidad de Upsala.

MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Oponerse, treinta años después

Carlos Salinas de Gortari, *México, un paso difícil a la modernidad*, Plaza y Janés, México, 2000.

Rencor con rencor se paga: esa parece ser la divisa, la motivación central del voluminoso libro de Carlos Salinas de Gortari *México, un paso difícil a la modernidad*. La obra se propuso varios objetivos, como ofrecer “una explicación a los mexicanos” y, más ampliamente, “a todos aquellos que fuera y dentro de México tuvieron fe en el proyecto de reformas” que Salinas puso en práctica entre 1988 y 1994. Al mismo tiempo, el libro “fue escrito en gran parte” para dar a los hijos del autor “un motivo de orgullo y confianza en medio de tanta agresión”.

Pero, junto a esas conmovedoras razones, y más allá de ellas, pretende ser “una reflexión política”. Y también, aunque ese móvil quedó tal vez superado por la adversa realidad inmediata, era una toma de posición frente al porvenir, para el momento en “que se abra un nuevo capítulo del liberalismo social”. Es decir, para la hora de su resurrección política, pues se considera a sí mismo adalid y promotor de esa propuesta, que no doctrina, con arreglo a la cual declara haber gobernado al país. Sin embargo, apenas unos días después del lanzamiento del libro, sus intenciones explícitas y las presumibles fueron aplastadas por unas cuantas frases, las que en áspero diálogo cruzaron su hermana Adriana y su hermano Raúl, que lo incriminan hasta frente a los más desaprensivos de sus garantes, los que le habían brindado “el beneficio de la duda”, que es su modo, autobenevolente, de llamar a sus maniobras de solapamiento y complicidad.

Aunque sea imposible soslayar la ile-

gal práctica que registró esa conversación telefónica, y por esa causa no pueda convertirse tal grabación en una pieza legal que permitiera instaurar juicio a Salinas, es también imposible no otorgarle crédito para el análisis político y para la reseña de este libro, que no puede ser juzgado sólo en sus propios méritos sino que debe ser incluido, inevitablemente, en el contexto en que fue escrito y se realizó su lanzamiento.

Si explicarse ante sus hijos y el mundo fue la intención del autor, el resultado no la honró. El fruto de su larga dedicación a la escritura es una tenaz pero difícilmente sostenible autodefensa, un alegato en pro de su propia imagen, que descansa sobre todo en una rencorosa diatriba contra su sucesor. Dedicada al desarrollo de su reconcomio la parte número doce de las catorce de que se compone el libro, que se titula rotundamente “La traición” y consta a su vez de los capítulos 36 y 37, del total de cuarenta con que se integra la obra. Pero no es menor la intensidad de sus resabios en las partes II (“Un desastre nacional: el error de diciembre”) y I3 (“Fabricación de Estado”), en que desarrolló lo que juzga un proceso de difamación organizada desde el gobierno, y que incluyó el enjuiciamiento de su hermano mayor.

Esas tres partes consumen unas trescientas de las 1,392 páginas del más grueso volumen que presidente alguno haya consagrado a dar cuenta de sí mismo, de su vida y su desempeño. Es verdad que los *Apuntes* de Lázaro Cárdenas requirieron varios volúmenes, pero se refieren a momentos posteriores a su presidencia y cuando más, en su discreción y parquedad, constituyen la materia pri-

ma en que, tras una laboriosa búsqueda, se basaría una interpretación del largo tramo de su biografía de ex presidente. José López Portillo hizo caber *Mis tiempos* en dos gruesos tomos con un total de 1,293 páginas, cien menos que el libro de Salinas. Pero son memorias que se extienden no sólo a su infancia sino incluso a su ascendencia. El relato de su candidatura y ejercicio presidenciales ocupa poco más de ochocientas.

No ocurre así con la obra de Salinas. Dedicada unas páginas a resumir su trayecto vital, a referirse a sus orígenes y vivencias familiares y a explicar su concepción del país y de su historia. Pero el grueso del volumen se dedica a ensalzar su proyecto presidencial, a presentarlo como una hazaña en que a cada minuto hubo de batir a poderosos enemigos, que lo son no sólo de sí mismo, sino de México y del progreso social de la humanidad.

El libro se gestó durante los cinco años de su exilio. Dio a conocer, en diciembre de 1995, lo que después entenderíamos como un anticipo, una síntesis o guión de sus argumentos, lejanos sin embargo del desembozado ataque a Zedillo que dio finalmente tono al libro, y que se halla disperso a lo largo de todas sus páginas. Casi no hay tema en que no aparezca un reproche, un sarcasmo, una refutación a su sucesor o a los miembros de su equipo. De modo particular busca zaherir a quienes, habiendo sido sus colaboradores, se pasaron al enemigo (según su concepción bélica). Tal es el caso de Guillermo Ortiz, a quien enrostra haber sido el artesano de la privatización bancaria (cuya autoría por supuesto reclama para sí mismo) y luego señala algunos de sus defectos como si se tratara de obra ajena, operada por seres remotos.

Ese es también el caso de Arsenio Farrell, a quien denuncia como enemigo de una reforma laboral destinada a “dejar que los trabajadores decidan por sí mismos para que pasen a la acción directa”, es decir ya no sujetos a la conciliación y al arbitraje obligatorios a través de las juntas judiciales correspondientes. Peor aun, sin emplear la palabra, lo acusa de traición pues su secretario del Trabajo cono-

cía esa pretensión del presidente, a la que sólo se opuso en presencia de Fidel Velázquez, que basado en esa actitud del secretario rechazó también la enmienda de la Ley Federal del Trabajo. En ese lance, lamenta Salinas, “naufragó esa reforma crucial para las luchas sociales y la justicia en el país”. Inclinado a forjar frases para los bronceos, y teniendo en cuenta que el suceso ocurrió el 17 de noviembre de 1993, mientras se votaba el Tratado de Libre Comercio en el Congreso norteamericano, Salinas sentenció: “El día que ganamos la batalla del TLC perdimos esta otra”. Tal vez por eso —no lo dice— meses después despidió a Farell.

Lanzar a los sindicatos a la acción directa formaba parte del credo social oculto de Salinas, expresado en un mesianismo populista del que se tuvieron pruebas numerosas y tímidas referencias, pero no había sido reconocido por sí mismo. En el breve apartado autobiográfico que se permite, surge como una suerte de infiltrado en el PRI, para modificarlo desde dentro pero con miras diferentes de las explícitas de ese partido. El liberalismo social, la expresión creada por Jesús Reyes Heróles para sustentar su tesis de que los liberales del siglo XIX reencarnaron en los revolucionarios del XX, habría servido como parapeto a Salinas para practicar en el gobierno la Política Popular, una suerte de maoísmo vernáculo. A ello lo indujeron su compañero Hugo Andrés Araujo y su maestro Adolfo Orive, quienes practicaron la máxima de “hacerse pueblo con el pueblo” antes de trocar esa experiencia revolucionaria por los despachos bien amueblados y las nóminas mejor surtidas.

Así como la fe de Eudocio Ravines se perdió en Moscú, la de Salinas en la Revolución Mexicana se extravió en Harvard. En sus conversaciones bostonianas con John Womack, Salinas halló “que no había una ideología revolucionaria común, como tampoco un partido revolucionario duradero”. Contradictorio, el joven estudiante del doctorado en economía política y gobierno aceptó por un lado esas verdades, que lo llevaron “a cuestionar todo lo que había aprendido en mi casa y en los primeros años escola-

res”, por ejemplo que “el Estado era el representante de la Revolución Mexicana y que la Revolución misma era un movimiento ascendente y único”; mas por otro lado su “admiración por el movimiento popular de 1910 siguió creciendo”.

Para efectos prácticos, lo que importa de esta declaración de nueva fe es su consecuencia, la meta de construir un nuevo partido, con base en “la organización popular”, que durante su gobierno se expresó en el Programa Nacional de Solidaridad. En su etapa de preparación, antes y después de su conversión en Harvard, compartió entre 1970 y 1979 “con varios compañeros el anhelo de luchar por un México más justo”. No lo hizo dentro del PRI, al que formalmente pertenecía (desde 1966 según su ficha oficial y a partir del año siguiente según su propio dato en estas páginas), sino a través de Política Popular, la de los “pepes”, como se llamaba a los que la retórica gubernamental de entonces consideraba como agitadores, pero cuyo activismo era consentido, quizá porque se trataba de hijos de papá.

Aquella política popular consistía en que “los participantes organizados aprendieran, y no de que les llegaran de fuera ideas aprendidas. Así, quienes tomaban parte en aquellas luchas evitaban depender en exclusiva del conocimiento de los demás. En los hechos, los nuevos dirigentes y luchadores sociales promovieron la organización por cuadras y por bloques

en las colonias populares y por comunidades en las zonas rurales”. Tan orgulloso se siente Salinas de esas “raíces de lucha” que en otra parte del libro se ufana de que Gabriel García Márquez se refiriera a ellas, cuando en marzo de 1995 resolvió practicar un ayuno de protesta por la detención de su hermano mayor.

Salinas escogió cuatro enfoques para abordar los temas de su preocupación. Elijió un tratamiento ensayístico, pletórico de citas, para desarrollar, por ejemplo, los procesos relacionados con la deuda externa, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y la privatización. En ese género de asuntos Salinas busca ser avalado por las apreciaciones y juicios de otros, no sólo los suyos propios, no porque no les conceda fuerza argumentativa y suasoria, sino porque aparenta sujetarse al escrutinio académico y político. Veremos más adelante, sin embargo, cómo este intento resulta estéril cuando se hace evidente que el origen de los asertos en que funda la validez de sus acciones son libros o notas periodísticas previamente orientados a favor de Salinas.

Un segundo enfoque está más cerca de las memorias políticas propiamente dicho. No siempre los temas en que se aprecia esta estructura tienen talante personalísimo e ignorado, sino que también se refieren a hechos de consecuencias públicas. Allí Salinas encontró espacio para revelaciones sobre temas trascen-

OTROS LIBROS DEL MES

- AGUSTÍN RAMOS, *La visita*, Océano, México, 2000. La actual boga de las novelas históricas en México continúa con este libro, donde Ramos (1952) presenta al visitador José de Gálvez, cuya misión en el siglo XVIII novohispano fue decisiva para preparar las incertidumbres y las paradojas del México independiente.
- MAYRA SANTOS-FEBRES, *Tercer mundo*, Trilce Ediciones, México, 2000. La escritora puertorriqueña, cuya novela *Sirena Selena vestida de plata* (Mondadori) está siendo intensamente promovida, comenzó su carrera literaria como poeta. *Tercer mundo* reúne sus poemas más recientes, que en opinión de Pedro Serrano muestran que “El español se distorsiona hacia el inglés y éste se resuelve, ya apropiado, chocante, en una lengua escindida y bífida que trae a la plaza las voces necesarias”. —

dentes, de política exterior o de la que él directamente instrumentaba.

Al ámbito diplomático corresponde “una mediación desconocida”, la que le fue solicitada por el presidente Clinton ante el presidente Castro, en agosto de 1994, a propósito de la crisis de los balseiros, que no se resolvió por entero en los términos que a través de Salinas y también por conductos públicos establecieron los dos mandatarios. El ex presidente mexicano, por petición de sus dos interlocutores, hubiera deseado prolongar su mediación una vez fuera de Los Pinos pero —el reproche infaltable— “las condiciones de acoso en México que el nuevo gobierno generó hicieron prácticamente imposible que yo continuara llevando a cabo esa delicada función”.

Una revelación muy importante en política interna se refiere al encuentro que sostuvo con el presidente Zedillo el 3 de marzo de 1995. Interrogado año y medio más tarde, en octubre de 1996, por un periodista de televisión, Zedillo negó que ese encuentro hubiera ocurrido. Rechazó con énfasis que se hubieran reunido después del primero de diciembre de 1994, cuando le transmitió el mando presidencial. Y sin embargo Salinas narra puntualmente la reunión, de donde se desprendió lo que llamaríamos el Pacto de Tecamachalco (por el barrio residencial en que vive Farrell, anfitrión del encuentro), por efecto del cual Salinas salió de México sin que se le imputaran cargos, como los que salieron a relucir al grabarse subrepticamente la conversación entre sus hermanos.

Otros capítulos, como “La batalla por el petróleo y la modernización de la infraestructura”, son tratados en el lenguaje escueto que se emplea en los reportes administrativos o en el informe anual ante el Congreso. Unos más, en fin, resultan de una mezcla de los enfoques anteriores, y en ellos se combinan las confidencias personales, las referencias bibliográficas y la seca exposición de datos, incluso con acompañamiento de cuadros y gráficas.

Con sentido de la historia, y con tino que aprovecha para la confección de su libro, Salinas ordenó la publicación de

obras que temprana y sesgadamente evaluaran su gobierno. No son abiertamente trabajos de propaganda burda. Pero no son tampoco exámenes objetivos, derivados de investigaciones imparciales, fruto de analistas profesionales. Un ejemplo claro de ese tipo de producción política y editorial es la serie “Una visión de la modernización de México”. Sus 26 volúmenes fueron publicados por el Fondo de Cultura Económica en el último año de la gestión salinista. Y aunque en cada uno de ellos se reconoce el patrocinio de la Presidencia de la República, a la hora en que Salinas los cita esa circunstancia no se hace explícita. Salinas pretende así que encuentra apoyo en innumerables autores, que en realidad habían argumentado con prejuicio favorable a su causa... y por encargo suyo.

Algo semejante ocurre con las citas hemerográficas. Por supuesto que acude a informaciones y artículos aparecidos en varios diarios y revistas. Pero cita textos aparecidos en el diario *Crónica* con frecuencia desproporcionada a la importancia del medio. Y se entiende así por qué ha gastado parte de su dinero, o inducido a otros a que lo hagan en su provecho: busca la apariencia de que una cobertura profesional periodística da la razón a sus visiones, ocultando que entre esas visiones se incluye la de contar con un periodístico que le dé la razón.

Salinas contiende en su libro principalmente contra Zedillo, pero no sólo contra él. A lo largo de sus páginas lanza un desafío aquí, una bofetada allá, un sarcasmo más allá. Practica también el ninguneo: se mofa de Jesús Silva Herzog, sin citarlo pero señalando sus contradicciones entre el momento en que, fuera del gobierno, dirigía el CEMLA y cuando aceptó representar a Salinas en Madrid. Ignora por completo, en una especie de ley del hielo infantil, a Ignacio Morales Lechuga. No puede omitir, en el recuento de su heroicidad frente al narcotráfico, menciones a lo ocurrido entre 1991 y 1993, pero se refiere a quien en esos años fue el procurador general de la República sólo con ese título hueco, sin nombre que lo llene.

Se defiende también de acusaciones

colectivas, que circulan como expresión de infamia o como certidumbre moral no susceptible de ser convertida en denuncia penal. Ese es el caso de su relación con Luis Donaldo Colosio. Dedicó un breve capítulo —17 páginas, el tercero más corto del total de cuarenta— al “magnicidio”, a la muerte de ese “mártir de la democracia”. Sorprenden esas expresiones, pues Colosio no era aún el presidente de la República y no lo mató Mario Aburto por sus convicciones políticas, ni por las de Colosio. Fue sólo, según las sentencias oficiales, un hombre desequilibrado que, a solas, discurrió y practicó el homicidio. ¿De dónde atribuir a la democracia el martirio del sonorense? Pero lo que quiero decir es que Colosio no figura sólo en esas pocas páginas, ni sólo en las precedentes que dan cuenta de “la construcción” de su candidatura. Es, al contrario, una presencia omnímoda. De creer en el recuento que hace Salinas, Colosio fue de mucho tiempo atrás una suerte de alter ego suyo, al que introducía en todos los temas, hacía partícipe de todas las reuniones, tuviera o no que ver con su desempeño al frente del PRI o en la Sedesol. Se transparenta con esa insistencia, a mi juicio, el argumento defensivo de cuánto y desde cuándo lo vio sucediéndolo en la presidencia como para prescindir de su candidatura.

Desde que en varios medios aparecieron anticipos del libro, y con mayor razón cuando éste apareció en librerías y surgió el atrevimiento de su lectura, han menudeado los desmentidos. Ora el secretario de Gobernación en 1993, Patrocinio González Blanco Garrido, niega haber tramitado una paga para Cuauhtémoc Cárdenas; ora Enrique Semo se queja de la manipulación de una cita. Doy apenas dos ejemplos porque el espacio impide multiplicarlos. Los que se conocen obligan a leer este libro con un grano de sal.

Algo ha cambiado en Salinas. Su libro lo expresa como un opositor del gobierno priísta con que termina el siglo, el último régimen de esa filiación. Hace treinta años militaba también en su contra. Pero entonces no lo dijo. Calló convenientemente. Fue un quintacolumnista de sí mismo, de su propio provecho. —

JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS

El laberinto del olvido

Marcos Giralt Torrente, *París*, Anagrama (xvii Premio Herralde de Novela), Barcelona, 1999.

El deslumbramiento literario apoyado por un no menos deslumbrante aparato publicitario ha convertido a los escritores “nirvana” (por la reiterada presencia de este grupo musical, el autoinmolado Kurt Cobain a la cabeza) o de la “generación x, y, z” (Ray Loriga, Benjamín Prado, Francisco Casavella) en los representantes por excelencia de la narrativa de la década de los noventa. Frente a este grupo generacional de finiseculares, hay una serie de escritores cuyo único denominador común es la independencia, la reformulación de la realidad en un itinerario textual, artístico, psicológico o mental, y una visible disciplina expresiva. Destaco aquí a Eloy Tizón, Martín Casariego, Isabel del Río, José Ángel González Martín, Antonio Soler, Luis Magrinyá, Andrés Ibáñez, Belén Gopegui, José Luis de Juan y el más joven de todos ellos, Marcos Giralt Torrente, nacido en Madrid en 1968, quien ya en su libro de cuentos *Entiéndeme* (1995) resumía las cualidades mencionadas.

Pasemos por alto la indiscreción de un miembro del jurado al declarar que esta vez el premio “no ha sido una victoria por KO sino a los puntos”. Pasemos también por alto la decisión de optar por un título, *París*, más propio de una guía turística que de un novela, en lugar de *Después de París*, con el que concursó al Premio Herralde de Novela, mucho más cercano al espíritu de un libro que bien podría haberse titulado *Su único hijo*, de no haberse adelantado Clarín, o *El hijo adoptivo*, de no haberse adelantado Álvaro Pombo. En todo caso, la concesión del Premio Herralde a Giralt respalda la afirmación del autor de que “me parece el más literario de todos los que se dan”, lo que sólo el Biblioteca Breve parece estar

en condiciones de desmentir.

París es, esencialmente, una novela psicológica, es decir, se aleja radicalmente de una tradición realista española de la posguerra que va del realismo esperpéntico de Camilo José Cela al realismo pobre de los “nirvana”. Ni siquiera los “novísimos” (Javier Marías, Félix de Azúa, Vicente Molina Foix), renovadores y cosmopolitas, o escritores independientes e inclasificables como Álvaro Pombo o Juan José Millás han podido evitar su preocupación por la dictadura franquista o la corrupción de la socialdemocracia, es decir, los traumas de la sociedad que inciden en los individuos. *París* se basa en una acumulación de traumas de carácter familiar que van marcando a un protagonista, cuyo nombre ignoramos, y a la relación con sus padres o, mejor dicho, a su relación con el padre, con la madre y con ambos, a la relación de los padres entre sí, y a la relación del narrador y de la madre con tía Delfina.

El narrador nos habla de estos traumas y estas relaciones desde un presente que apenas si tiene presencia narrativa. En 1992, a sus 37 años, va reconstruyendo los aspectos más importantes de su vida. Cuando tenía nueve años, es decir, en 1974, su padre estuvo dos años en la cárcel, por estafa. Cumplida la condena, madre e hijo viajan en coche a Burgos, para buscarle. Lo que le cuenta la madre en el trayecto sella una alianza con ella y, al mismo tiempo, se enfrenta por primera vez con la figura problemática del padre. La madre descubrirá que es mentira que el padre ha encontrado un trabajo y el hijo descubrirá un carnet de identidad con datos falsos. El padre desaparece de la casa y, tras una estancia en La Coruña en casa de tía Delfina, la madre parte para París, donde se quedará diez meses. A largo de la novela el hijo se interrogará obsesiva e inútilmente sobre

las razones secretas de ese viaje.

Con el regreso de la madre se abre una nueva época. El narrador es todavía un muchacho cuando dos desconocidos se presentan a su casa para preguntar por el padre y uno de ellos le da la dirección del bar donde trabaja. Más tarde descubre, en otro bar, a su madre con su padre y surgen de nuevo las especulaciones sobre la naturaleza del encuentro y de la relación entre ellos: ¿quién necesita a quién? ¿Cuál es la naturaleza de esta necesidad? En un viaje a Madrid de tía Delfina discute con su hermana y el narrador descubre que la madre ha decidido vender el piso y dar la mitad del dinero a su marido, para de esta forma liberarse de él. Cuando parte Delfina, la madre le cuenta a su hijo muchos de los secretos que le habían inquietado. No las misteriosas razones de su estancia en París. Sí, en cambio, algo que cambiará definitivamente la imagen del padre, para convertirse, más que en un único hijo, en un huérfano.

Nada o casi nada sabemos de la vida del narrador desde esos hechos que marcaron su vida de los nueve a los quince años. Todo regresa con la enfermedad de la madre, que ha perdido la memoria y que ya no puede escucharle. Lo secreto se mantendrá secreto para siempre. Los recuerdos vivirán solamente para el narrador. Por un lado tenemos los hechos como fueron entendidos en el pasado; por el otro, como son recordados e interpretados en el presente. Dos perspectivas en un mismo narrador. La escasez de personajes permite familiarizarse con ellos pero, por lo que ocultan, es siempre un conocimiento parcial y sólo sabemos aquello que inquieta al protagonista, a quien vemos acechando y especulando para entender el tejido oculto de su vida y, sobre todo, su condición de hijo único. A toda costa necesita encontrar una identidad que se apoye en sus padres o en su madre porque “los padres son la única referencia, nuestro único punto de mira”, pero “no tenemos con quien contrastar la soledad que nos ahoga”, “estamos solos”.

El narrador analiza meticulosamente los encuentros y los desencuentros que nos dan la medida del vacío. La relación

con el padre culmina en una de las mejores escenas del libro, en la que le vemos seguirle en un largo recorrido y en un acercamiento sin encuentro posible, para concluir que no siente nada por él, “a pesar de que sea en él en quien pienso cuando digo ‘mi padre’, unas palabras que acabarán por carecer de sentido”.

Por lo que se refiere a la madre, se da cuenta de que sin ella se siente perdido, pero sabe que “sólo me tengo a mí, sólo a mí puedo recurrir para reconstruir esos meses, sólo yo pienso en ellos”. Finalmente se dará cuenta de que este itinerario por los laberintos de la memoria le ha permitido constatar que el recuerdo nos devuelve sobre todo las interrogantes y que el vacío de entonces, hecho de hipótesis, de traumas y de decepciones, regresa al presente no para revelar sino para confirmarnos que “Nunca más mi padre solo o acompañado. Nunca más París. Nunca más mi madre y su empecinamiento. Nunca más mi unicidad inquisitiva de hijo único. Nunca más el triángulo y su vértice que soy yo. Para siempre la duda y el estupor y el lamento y la queja. Para siempre mi madre y yo juntos y para siempre mi madre y yo separados”.

Giralt Torrente ha sabido dar una dinámica narrativa a un agitado mundo interior que descubrimos a medias a través de las acciones y las palabras de los personajes. Acciones nunca del todo entendidas, palabras que siempre ocultan algo. “Sobre mi madre todo son preguntas”, nos dice. Pero en su vejez, incapaz de hablar, de oír y de recordar, “¿qué hacer cuando todavía nos quedan preguntas por formular?” A través del tiempo poblado de hechos significativos, a través de las palabras pobladas de significativos silencios, a través de lo que escuchamos y vemos, de lo que se nos oculta y de lo que se nos revela, nos sumergimos en este decir incesante de las novelas de Álvaro Pombo, en este pensar incesante de las novelas de Javier Marías, dos de los escritores que más decididamente han contribuido a la modernidad de una narrativa como la española veladamente anacrónica. La sorprendente madurez de Giralt Torrente hace el resto. —

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

Variaciones sobre el cosmopolitismo

Leonardo Valencia, *El desterrado*, Debate, Madrid, 2000, 255 pp.

En nuestros días se confunde al cosmopolitismo con la *globalización*, concepto gaseoso, además de palabra horrible. Los escritores deberían permanecer inmunes ante esa discutible novedad, pues desde Cicerón hasta Goethe la literatura siempre ha sido mundial y continuó siéndolo a pesar del nacionalismo romántico. Acaso, a principios del siglo XXI, estamos presenciando la decadencia de las “literaturas nacionales”, concepto que, labrado por los románticos alemanes, dominó doscientos años de vida intelectual. Si es cierto que estamos de vuelta a una noción universalista de las letras, facilitada por las velocidades tecnológicas, no es una mala noticia.

Leonardo Valencia (Guayaquil, 1969) es un escritor ecuatoriano que, como sus contemporáneos mexicanos Jorge Volpi e Ignacio Padilla, publica una novela, *El desterrado*, que rehúye toda identificación nativa, desarrollando una trama morosa y tierna en la Italia de Mussolini. Antes de entrar en materia, cabe precisar que no es la primera vez que algunos escritores de América Latina deciden ausentarse, en letra y espíritu, de su continente, operación a la que tienen sobrado derecho, pues estas tierras son, desde que las colonizó el imperio de Carlos V, parte esencial, por algo más que la lengua y la religión, del Occidente griego, latino y judeocristiano. En segundo tér-

mino, narrar las peripecias de la bomba atómica, conectar al imperio austrohúngaro con *Eichmann in Jerusalem* o recordar el caso Matteotti, no es una petición de principio que garantice excelencia. El cine mexicano, por ejemplo, no se volvió cosmopolita cuando Arturo de Córdoba representó a Edmund Dantès en la versión aborigen de *El Conde de Montecristo*.

Hay que repetir estas verdades de Perogrullo ante el asedio de la estupidez periodística y la complicidad de escritores de talento mareados por el comercio. Las virtudes reales y potenciales de Jorge Volpi o de Ignacio Padilla, a quienes he defendido de la rabia patrioteria y del diente verde de la envidia, no radican así en ningún atrevimiento insólito. El cosmopolitismo es una tradición latinoamericana y la nómina, más allá de Borges, Reyes y Paz, es abrumadora desde hace un siglo: Darío, Gómez Carrillo, Francisco A. de Icaza, J. R. Wilcock, Victoria Ocampo, Murena, Fuentes, Bianciotti, Rossi, Elizondo... Muchos de ellos, como los internautas de hoy, hicieron esos viajes sin salir de su cuarto.

Y para no ir tan lejos, narradores mexicanos como Sergio Pitol (1933), José María Pérez Gay (1944), María Luisa Puga (1944), Héctor Manjarrez (1945), o ecuatorianos como Javier Vásconez (1946), hace tiempo que escribieron cuentos y novelas ajenas al solar patrio como ahora lo hacen Volpi, Padilla o Valencia. Ante ambos grupos de escritores ya cabe hablar de dos generaciones. Los nacidos

en los años sesenta y setenta sufren una ansiedad epocal con la que como crítico no puedo sino identificarme. Nos sentimos obligados a mirar, una y otra vez, la película del horror vigésimo y detenernos en escenas que, siendo familiares, nos son profundamente ajenas. Así, escribimos, no tanto sobre Europa, sino sobre las guerras de religión del siglo XX que modelaron el mito de Europa, mientras que quienes entraban en la madurez en los años sesenta estaban inmersos en los caminos por fuerza solitarios de la salvación individual.

La tendencia en boga, que hace de la novela un espacio de reflexión ensayística, es una tentación abismal y no me extrañaría saber que nuestros cosmópatas fatigan listas de traumas seculares buscando escribir novelas definitivas sobre los temas de nuestro tiempo. Los riesgos son graves y están visibles en la obra de espíritus tan complejos y dotados como los de Roberto Calasso o Claudio Magris.

El desterrado, de Leonardo Valencia, expresa, como otras obras históricas y cosmopolitas de su generación, esa decadencia de las literaturas nacionales ocasionada por varios fenómenos, uno de ellos, paradójicamente, el auge del realismo mágico latinoamericano y su fácil universalización como literatura popular. En ese sentido caminaron también los excelentes escritores que, viniendo de la periferia –Bombay, Calcuta, Hong-Kong, Tokio–, se adueñaron de las letras inglesas. Pero Valencia, a diferencia de sus colegas mexicanos que he nombrado, parece más interesado en la forma artística que en la disertación profética. No olvida que la quintaesencia de la novela es la creación de personajes; a cambio, carece de la facilidad narrativa que se agradece (hasta cierto punto) en Volpi y Padilla.

Leonardo Valencia, en esta notable primera novela, despreció el decorado –Roma, 1934– a favor de la pintura detallada de una atmósfera que transita, cinematográficamente, entre el neorrealismo y la deriva decadentista que heredó a Visconti con Lampedusa. Estamos ante un episodio de vida, a la manera de Gior-

gio Bassani, donde un sabio de pueblo, Nebbiolo Bentornato, alias “el viejo elefante”, se rodea de una familia espiritual y carnal un tanto circense. Su destierro ocurre en Roma, capital de la cristiandad y antro celestial, y al mismo tiempo, gracias a la marcha triunfante de las Camisas Negras, pueblo chico e infierno grande. *El desterrado* es un homenaje a Roma. La leí con los espíritus de Beyle, Madame de Staël o del italoargentino J. R. Wilcock aleteando cerca de mí.

Puntillista, Valencia impidió con disgusto cualquier salida de tono de sus personajes. Ese exceso de prudencia o de pacatería impide la reseña fácil de *El desterrado*, novela tradicional y pautada cuyas tramas pasan a segundo término ante su brillante poder de evocación. Plástico y analítico, Valencia se negó hábilmente a hacer del fascismo italiano el protagonista de la novela. Sus obsesiones son otras: la procreación de los hijos, las relaciones pedagógicas entre la vejez y la

juventud, las piedras milenarias que guardan acertijos, el destino juglaresco y la deformidad.

Labrados con paciencia de orfebre, los personajes de *El desterrado* llegan a una escena memorable, cuando el festival mussoliniano de la maternidad fracasa gracias al accidente bufo de las carrozas. Una verdadera imagen novelesca, como ésta, no se produce por milagro: es obra de novelista y vale una primera novela cuyo desenlace, más que desafortunado, es intrascendente: la obra se había consumido mucho antes del final en virtud, no tan extrañamente, de la densidad atmosférica lograda por Leonardo Valencia, cuya presencia en las nuevas letras latinoamericanas ha quedado garantizada. —

www.letraslibres.com

I/4
Instituto
Mora
Centrado
gracias.

FEDERICO NAVARRETE

Cinco miradas

David Brading, John Elliot, Brian Hamnett, Hugh Thomas y Alan Knight, *Cinco miradas británicas a la historia de México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2000.

Integrado por cinco conferencias dictadas en 1999 por algunos de los más destacados estudiosos británicos de la historia de México, este libro ofrece un panorama rico y muy actual de sus respectivos temas de investigación. Los cinco historiadores nos hablan de las consecuencias del contacto entre Europa y las sociedades indígenas mexicanas en el siglo XVI, de la Conquista de México, del origen del patriotismo criollo a fines del periodo colonial, de los tropiezos del Estado mexicano en el siglo XIX y del papel del cardenismo en el México del siglo XX. Como resulta inevitable en un libro colectivo, los textos son heterogéneos en estilo, enfoque y calidad, pero el conjunto es un brillante recorrido por algunos episodios clave en la historia de nuestro país.

La primera conferencia, que estuvo a cargo de John Elliot, conocido por sus obras sobre la historia de España y la colonización de América, nos presenta una detallada revisión del impacto de la Conquista y colonización españolas sobre las sociedades indígenas mexicanas y sobre la naciente sociedad criolla a lo largo del siglo XVI. Sin embargo, más allá de presentar un excelente “estado de la cuestión” basado en las obras más recientes sobre el tema, Elliot no presenta una interpretación original y se ciñe a las ideas sobre el “trauma de la Conquista” entre los indígenas que han sido refutadas por varias de las obras que cita.

Hugh Thomas, por su parte, presenta la conferencia menos atractiva del conjunto, en la que hace una revisión de las fuentes judiciales disponibles para el estudio de la historia de la Conquista y que utilizó en su famoso libro *La conquista de México*. Es una lástima que el autor no

haya aprovechado la ocasión para presentar una interpretación global de uno de los episodios más dramáticos y definitivos de la historia de México.

David Brading, en contraste, nos regala una original y brillante exploración de las raíces del patriotismo criollo colonial, tema que ya había analizado en su obra seminal *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. Además de rastrear los fundamentos religiosos y culturales del amor criollo por la Nueva España, hace una interesante reflexión sobre las divisiones étnicas y sociales de la Nueva España que impidieron el surgimiento de una nación mexicana, y por lo tanto de un verdadero nacionalismo, hasta muy entrado el siglo XIX. La erudición de Brading le permite presentar un panorama detallado y complejo de la conformación del orgullo nacional mexicano, esa paradójica quimera que injertó la reivindicación del pasado indígena con el exclusivismo católico y la intolerancia modernizadora de las élites criollas.

La conferencia de Brian Hamnett, conocido por sus obras de historia de la independencia y de la conformación del Estado-nación mexicano, resume magistralmente el doloroso proceso de consolidación del régimen liberal entre 1846 y 1867. Su acuciosa descripción de la historia política y económica de los veinte años que México “vivió en peligro”, entre invasiones extranjeras, guerras civiles y suspensiones de pagos de la deuda externa, suena sorprendentemente contemporánea en nuestros tiempos de inestabilidad cambiaria y crediticia y de soberanías acotadas y negociables. Así, Hamnett nos recuerda, como lo hizo Friedrich Katz en *La guerra secreta en México*, que la historia de México nunca ha estado aislada de la geopolítica mundial.

Finalmente, Alan Knight presentó una brillante y provocadora reflexión so-

bre los alcances y límites de la influencia del cardenismo en la historia política del México posrevolucionario. Asumiendo un tono polémico e irónico, el reconocido historiador de la Revolución Mexicana responde tanto a los autores que han ensalzado excesivamente la figura y las políticas de Lázaro Cárdenas como a los que las han menospreciado. Knight reconstruye con atinados trazos impresionistas el ambiente de polarización y conflicto que vivió el país entre 1934 y 1940 y así nos muestra el profundo impacto que Cárdenas tuvo sobre el Estado y la sociedad mexicana y también los límites muy tangibles de su proyecto, que tuvo que sustentarse en pactos y componendas con sectores y figuras contrarios a él.

Desde Elliot hasta Knight, desde Cortés hasta Cárdenas, los historiadores británicos reunidos en este volumen hacen gala de las virtudes de la tradición intelectual a la que pertenecen, practicando un empirismo razonable y razonado, acompañado de una considerable erudición y de un indudable dominio de la técnica narrativa. Seguramente un volumen equivalente escrito por especialistas franceses hubiera estado lleno de “mentalidades”, “sociabilidades” y otros términos de moda, pero difícilmente podría competir con la riqueza anecdótica, informativa e interpretativa de estas cinco miradas británicas.—

